

sufrir. — Cierta orador, para infundir temor y arrepentimiento á su auditorio, así prorumpo: *Nos desamparas.... Señor! Aquí postrados.... Yo me confundo.... Tuyo somos.*

Antonio Perez dando al Rey Enrique IV. la enhorabuena por la victoria de Amiens, le escribe: *Viva V. M. mil años, que así recrea los ánimos de los suyos con los efectos de su valor. El parabien de estos no se ha de dar á V. M.; que es dárselo de obra propia suya, sino á los suyos, á sus reinos, á la Europa.... á mas iba á decir; pero adelante, Sire, que con esta V. M. lo dirá con sus obras.*

Es figura acomodada para la increpacion, la amenaza, la queja, la imprecacion, la admiracion, la indignacion, ect.; como se lee muy frecuentemente en los autores satiricos, en los cómicos, y trágicos, y se verá mas adelante en los ejemplos de las respectivas figuras apasionadas.

#### Licencia.

Esta *figura* se comete, cuando asegurados de nuestra justicia y confiados en el poder de nuestras razones, nos arrogamos con cierto artificioso temperamento, y otras veces pedimos, la libertad de decir con entereza y claridad la verdad ó la importancia de una cosa que puede desagradar ú ofender á las personas que nos oyen. Cuando los oradores gobernaban los ánimos en las repúblicas, era muy usada esta *figura*; hoy su oficio está reservado al púlpito, donde la santa voz de la verdad truena sin respetos humanos.

De esta manera habla Ciceron en la Filipica III: *Vosotros, padres conscriptos, es cosa dura*

de pronunciarlo, mas me veo obligado á decirlo, vosotros, digo, disteis la muerte á Servio Sulpicio. Otro elocuente escritor en el elogio del primer magistrado de la nacion, dice: *El carácter de la verdadera grandeza es la sencillez: oso decirlo así á este siglo fastuoso, porque la voz de una generacion que pasa hoy, y mañana no será, no debe ahogar la de la verdad, que es eterna.*

Para referir el P. Mariana los estragos de la guerra, que comenzó entre el Rey Don Pedro de Castilla y el de Aragon, escandalizado de tantos horrores, pide se le conceda licencia á su pluma para contarlos: *Una guerra entre dos reinos, y aun de muchas maneras trabados con deudo, contará este libro; guerra cruel, implacable, y sangrienta. Pónenos horror la memoria de tan graves males como padecimos: entorpecese la pluma, y no se atreve ni acierta á dar principio al cuento de las cosas que adelante sucedieron: embázame la mucha sangre que sin propósito se derramó por estos tiempos: Dese perdon y licencia á esta narracion: concédasele que sin pesadumbre se lea.*

Aquí pertenece otra *figura* llamada *permision*, que se debe considerar como apéndice de la *licencia*; y es cuando permitimos que se haga lo que ménos queremos, ó cuando prestamos nuestro consentimiento, aunque sea sin voluntad, á que alguno haga una cosa de que le ha de suceder mal, para que se desengañe, ó escarmiente. Como en el primer caso lo que dijo Dido á Eneas: *I, sequere italiam ventis, pete regna per undas:* y en el segundo, como aquello: *Busca los vicios, busca los honores, busca las riquezas, y hallarás lo que no pensabas.*

*Preterición.*

Es esta *figura*, que tambien se llama *pretermission*, un delicado artificio, por el cual, fingiendo que queremos callar lo que sabemos, ó bien que no sabemos, ó que no podemos decir todo lo que podemos; decimos todo lo que deseabamos, y aun mucho mas, captando con esta simulada industria la atención del lector ó del oyente.

Oigamos á Ciceron contra Verres, cuando, dice: *Nada diré de su lujuria, nada de su insolencia, nada de sus maldades y torpezas; solo hablaré de sus usuras y concusiones.*—Un elocuente historiador, despues de haber hablado de Catilina y de Cromwell, como de los insignes malvados, prosigue inmediatamente: *Tampoco haré una reseña de aquellos gerreros funestos, terror y azote del género humano; de aquellos hombres sedientos de sangre y de conquistas, cuyos nombres no pueden pronunciar sin horror la prosperidad aun espantada; quiero decir, los Tótilas y los Tamerlanes.*

Un célebre orador en el elogio del padre de la filosofía moderna, empieza así una transición: *Yo no alabaré á Descartes de haber sido enemigo de los manejos y de la ambición; tampoco le alabaré de haber sido frugal; templado, benéfico, pobre y generoso juntamente, y sencillo como lo son todos los hombres grandes.*

*Correccion.*

Es esta *figura* un temperamento y moderación de lo dicho ántes, y es como enmendación de la sentencia. Con ella corregimos ó retractamos una

proposición con otra siguiente que la mejora, ó la realza, ó la rebaja, ó la suaviza, ó cohonestá; y algunas veces reprendiéndonos nuestra ignorancia, nuestra imprudencia, nuestra ligereza, y tambien nuestra demasiada modestia y moderación.

Dice Ciceron en la oración en favor de L. Muréna: *Cuando todas estas cosas, ciuadanos; ciuadanos, digo, si son dignos de tal titulo unos hombres que así piensan de su misma patria.*—Dice con no menor ocasión un historiador elocuente: *La codicia y el cebo de la predomínación, siempre se han disputado el cetro; digamos mejor; el yugo de las naciones.*—dice otro, hablando de la conducta de un General: *Intrépido y constante guerrero; mal digo; temerario y obstinado te llamará la posteridad.*—Un orador moderno en alabanza de Descartes, dice: *¿Qué honores le tributaron en vida? qué estatuas le levanto la patria? ¿qué hablamos de honores y de estatuas! ¿olvidamos que tratamos de un hombre grande? Hablemos mas bien de persecuciones, de envidias y calumnias.*

Hay otros modos de correcciones que enmiendan la proposición con una forma de decir mas apartada y escondida de la estructura ordinaria, y dejan mas desembarazada la oración, como se mostrará en algunos egemplos de autores españoles. Sea el primero Antonio Pérez, cuando dice: *Los cargos y oficios no son sino vestidos, y arreos de la persona, ó sean jaces; que tales son para algunos.* El mismo autor se disculpa de haber puesto un letrero á un retrato suyo que enviaba á un amigo: *Puse la letra al retrato, porque no me satisfacen cuerpos muertos, ni aun pintados: no porque estey para tratar con otros,*

sino para dar señal de que aun resuello, y siento y huelo á vivo; aunque me estuviera mejor que me tuvieran por muerto, porque el muerto no hace miedo á nadie. — El mismo autor, escribiendo á uno de sus hijos que habia salido de la prision, y suspiraba con los demas hermanos por ver á su padre, refugiado á la sazón en Francia, le dice Dios hará lo que pedis: que no sufre tal golpe de gemidos sin moverse. Pues, á fe, que si se mueve á gritos, que suele dejar señal de su poder; pero no le pidamos el poder en castigo de nuestros perseguidores, sino su piedad en nuestro consuelo y desagravio. — Hablando el mismo autor de los nuevos favores que le dispensaba cada dia la piedad de Enrique IV de Francia, le tributa las gracias con estos nobles sentimientos de su ánimo agradecido: *Aunque en V. M. el hacer favor es obra natural como llevar un árbol su fruto; es gloria suya obligar á todas las naciones. Y se engaña, y sabe mal el término de hablar á grandes reyes, quien los hizo de nacion alguna; que no es ménos que meterlos en un cerco: pues Dios, á quien representan, no es español, ni frances, ni Italiano, sino señor de los unos y de los otros.*

Hablando el P. Sigüenza de la santa vida y gloriosa muerte de un egemplar Prelado de su Orden, concluye así: *Vivió este siervo de Dios hasta el año 1402, postrero de su vida y primero de su descanso y gloria; sino queremos decir que ya los santos aquí, y en medio de sus trabajos, gozan gran parte de ella.* — Habla Don Antonio Solís del encogimiento y mansedumbre en que vieron los mexicanos á Motesuma entre prisiones, y dice así: *Unos le miraban asombrados y con-*

*fusos de hallar el ruego donde temian la indignacion; y otros lloraban de ver tan humilde á su rey; ó lo que disuena mas, tan humillado.* — Refiriendo el mismo autor la reverencia que hizo Motezuma á Hernan Cortés cuando este entró á visitarle, poniendo la mano cerca del suelo, y llevándola despues á los labios, concluye: *Cortesía de inaudita novedad en aquellos principes, y mas desproporcionada en aquel, que apenas doblaba la cerviz á sus dioses, y afectaba la soberbia, ó no la sabia distinguir de la magestad.*

El P. Ortiz, modelo de elocuencia mistica, dice en una de sus cartas: *Es muy averiguado que la prosperidad del malo es azote muy conocido; y no sé si se puede llamar prosperidad la que solamente florece en esta vida para tan presto secarse.* — Diciendo el P. Nieremberg que con la pobreza, á ménos costa de cuidados que los ricos, podemos ser buenos, prosigue: *¡Cuanto, pues, debe ser amada y codiciada aquella cosa cuyo beneficio es la vida buena! ¡O cuán rica es la pobreza, pues da la honestidad y la justicia! ¡O cuán abastada es la necesidad, y cuán poderosa, que, si no da la virtud, da la inocencia. ó por mejor decir convida á la virtud, y fuerza á la inocencia!*

Hay otra especie de correcciones mas ligeras y delicadas que sirven como de suplemento ó de adición al pensamiento principal. De Carlomagno dice un politico: *Formó admirables leyes; y aun hizo mas, las hizo egecutar.* — De otro escelente principe dice otro escritor: *Fué magnifico protector de las artes; mas de las artes útiles.* — Escribiendo á una noble y hermosa doncella el P. Roa, exhortandola á que despreciase los halagos

de este falso mundo, le dice: *Engañosa es la gentileza, y vana la hermosura, y pequeño mal fuera ser solamente vana, si no fuera engañosa.* — Hablando del Rey Don Alonso VIII. dice el Conde de Cervellon en la vida de aquel príncipe: *Pongo delante de los ojos de los políticos el retrato de Alfonso, y si son mejores señas, sus hazañas, á quien unos llaman el Noble, otros el Bueno; y los segundos son los que mejor le llaman noble.*

### Sujecion.

Esta figura viene á ser la misma interrogación acompañada siempre de una respuesta. En alguna ocasion el orador se pregunta y se responde á si mismo, como cuando Ciceron, en la oracion en favor de Celio, dice: *¿No llamariamos enemigo de la república á aquel que violase sus leyes? Tú las quebrantaste. ¿Al que menospreciase la autoridad del senado? Tú las oprimiste. ¿Al que fomentase las sediciones? Tú las escitaste.* — En la oracion fúnebre de un famoso capitán previene el orador al auditorio de esta manera: *¿Sufriré la nota de falso adulador? ¿Celebraré las victorias de este conquistador, y callaré las atrocidades que mancharon su gloria? No, Señores. ¿Compararé al malvado con un modelo de virtudes? Mucho ménos: todo lo sacrificaré á la verdad.*

Alguna vez pregunta el orador á una persona, y sin aguardar respuesta, repite la interrogación para mayor instancia y apremio, como hace el mismo Ciceron contra Verres: *¿Con que convencion defiendes á este reo? Haciendo el elogio de la frugalidad ¿no llamas las iniquidades de la*

*avaricia? ¿Hubo por ventura alguno mas perverso y disoluto? ¿Le pintarás tal vez como un varon fuerte? pero se hallará otro mas perezoso é indolente? ¿Celebrarás la docilidad de sus costumbres? quien mas contumaz? quien mas soberbio?*

Otras veces preguntamos á una persona, y le fingimos la respuesta que tenemos de ante mano destruida ó preparada para destruirla con esta arma de la confutacion. Y como con este artificio oratorio dejamos al contrario la accion á su defensa y la libertad de la palabra, y al fin queda rendido á la fuerza de nuestras razones; el oyente, satisfecho de las unas y las otras, se inclina á la bondad de nuestra causa. Por este término un moderno filósofo, arguye contra el suicidio, dirigiendo la voz á un supuesto suicida: *¿Tú quieres salir de la vida? cierto, me dices, porque te cansa ya el vivir tanto. Yo quisiera saber si has empezado ya. Qué! ¿fuiste criado en la tierra para vivir ocioso? Parece que me vas á decir que estas de mas. ¿Pero el cielo no te impone con la vida algun cargo que cumplir? ¿Qué respuesta; ó infeliz! tienes prevenida para cuando el soberano Juez te pida cuenta del tiempo? Tú me dices que la vida es un mal; y ¿hallarás por ventura en el orden natural algun bien que no esté cercado de males? La vida, repites, es un mal para el hombre bueno, siempre olvidado ó perseguido: pero ¿no sabes que tarde ó temprano es consolado, y que la virtud no espera el premio acá en la tierra?*

Fr. Don Antonio Guevara pone en boca de un sábio de los Garamantas esta queja contra la invasion de Alejandro Magno en su pais: *¿O Ale-*

jandros! ó tú buscas justicia, ó buscas paz, ó buscas reposo, ó buscas favor para los amigos. Mas ¿cómo creeremos que buscas justicia, pues contra razón tiranizas toda la tierra? ¿Cómo creeremos que buscas paz, pues á los que te reciben haces tributarios, y á los que te resisten tratas como enemigos? ¿Cómo creeremos que buscas reposo, pues pones escándalo en todo el mundo? ¿Y cómo creeremos que buscas clemencia, pues eres un verdugo de la flaqueza humana?

Después de haber referido Quevedo la infausta muerte de Julio Cesar dentro del Senado, pone el autor en boca de M. Bruto el matador un razonamiento hecho ante el pueblo congregado, y sobre la aprobacion ó desaprobacion del hecho, lo pretende justificar con estas razones: *De este beneficio no aguardo vuestro agradecimiento, sino vuestra aprobacion. Nunca fui enemigo de Cesar, sino de sus designios, y así no han sido sabedores de mi intencion, ni la envidia ni la venganza. Murió Pompeyo por desdicha vuestra: vivió Cesar por vuestra ruina; y yo le maté por vuestra libertad. Si esto juzgais por delito: con vanidad lo confieso: si por beneficio, con humildad os lo propongo. Juntos estais, y yo en vuestro poder: quien se juzgare indigno de la libertad que le doy, arrojeme su puñal que á mi me será doblada gloria morir por haber dado muerte al tirano. Y si os provocan á compasion las heridas de Cesar; recorred todas vuestras parentelas, y vereis como por él habeis degollado vuestros linages, y los padres con la sangre de los hijos, y los hijos con la de los padres, habeis manchado las campañas, y calentado los puñales.*

### Anticipacion.

Esta figura se comete cuando el orador, adelantandose á las objeciones que puede hacerle el contrario, y allanando las dificultades que puedan encontrar los oyentes, él mismo se anticipa los reparos, y los satisface con las razones que espone luego.

Ciceron en la oracion 2.<sup>a</sup> contra Verres, previene los ánimos de los jueces de esta manera: *Si alguno de vosotros, ó de los que están aquí presentes, se admirase acaso de que habiendome ejercitado tantos años en los juicios públicos, siempre para defender á muchos, y nunca para condenar á alguno, ahora, cambiada la voluntad, haya bajado al oficio de acusador; podrá reconocer el motivo de mi nueva determinacion, y justificar mi intencion, creyendo que no pueda en esta causa ser el primer actor.*

Tambien se disfraza esta figura con una especie de prevencion que llaman los retóricos *premonicion*, que se hace á los oyentes para que no se ofendan de la libertad con que se dice una cosa, ó de lo exorbitante y maravilloso de la misma cosa. Un elocuente escritor en el elogio de Descartes previene á sus lectores de esta manera: *Todo en este discurso será consagrado á la verdad y á la virtud. Tal vez habrá hombres en mi nacion que no perdonarán el elogio de un filósofo vivo; mas este murió ya, y hace ciento y quince años que no existe: así no temo hoy ofender el orgullo, ni irritar la envidia.*

Añádese á esta figura aquella preparacion con que el orador entretiene la atencion y curiosidad

del oyente con imágenes comunes y no determinadas, ántes de nombrar claramente la persona ó cosa de quien pretende hablar. Es propiamente una amplificación de las calidades ó hechos del sugeto, que antecede á la declaracion de su nombre, con la cual se suele empezar la vida de algun héroe, ó la grandeza y situacion de alguna ciudad.

Así sostiene la curiosidad del lector y ocupa su atencion, un autor nuestro ántes de nombrar á Cádiz, anticipando su descripcion y su historia: *Aquella insigne ciudad, hija de Neptuno, pues su asiento parece hijo de sus ondas; aquella sola en España en cuyo templo podian ser los Dioses herederos, sepulcro del mayor maestro de la fortaleza marcial, que en ella castigó la insolencia de los tiranos; que restituyó á su antigua gloria la ultrajada virtud de los humildes; aquella ciudad, compañera de Roma, y madre de sus mejores Césares; Cádiz digo, que hoy con reciente victoria triunfa de los ladrones del mar.*

*Apóstrofe.*

Con esta figura, el orador corta ó tuerce el camino recto del discurso, dirigiendo su palabra á Dios, á la naturaleza, á la patria, á los vivos, á los muertos y á los ausentes, y aun á las criaturas inanimadas é insensibles; y con esta ilusion se roba la atencion y voluntad del oyente, quien no puede dejar de mezclar sus afectos con los del que le habla. Es figura grave y vehemente para conmover los ánimos: porque ¿cómo no será patética y terrible la oracion en que se llama al cielo, á la tierra, á la naturaleza, á los difuntos, á que sean jueces ó censores formidables de nuestras acciones?

Ciceron, en la defensa de Milon, desvia su discurso á este magnífico y afectuoso apóstrofe: *¡A vosotros imploro, esforzadísimos varones aquí presentes, que derramasteis generosamente vuestra sangre por la salud de la república! ¡A vosotros invoco, centuriones y legionarios, que arrostrasteis los peligros como hombres, y como ciudadanos! ¡Vosotros todos, espectadores, guardias armadas, y presidentes de este juicio! ¿sufrireis que sea arrojado de la ciudad, que se destierre y desampare á un hombre virtuoso?*

Un autor moderno hace esta sublime y patética invocacion para convencer y confundir á un ateísta: *¡Ó tú, naturaleza, madre universal! tu testimonio y tu socorro imploro! Abre tus tesoros, descubre tus maravillas al impio, para que por tus obras tribute al supremo autor de todas las cosas el debido amor, admiracion, y reconocimiento. ¡Tierra que le sustentas, aguas que fertilizais los campos, aire que le das la vida, truenos y tempestades que purificais la esfera! llenadle de terror profundo. ¡Flores que esmaltais los prados, yerbas que le dais la salud, fuentes que parais los ríos, árboles que le defendeis de las injurias del sol! predicadle que un Dios eterno é infinito es su criador y el vuestro.*

Otro autor arguyendo contra la tiránica opulencia de los ricos que, no sabiendo contribuir á la felicidad del pueblo, aumentan su miseria: se introduce de esta manera, hablando con uno de ellos: *Acércate y verás cuantos millones de hombres viven y mueren en la afliccion, en la miseria, y desamparo sobre la misma tierra que fertilizan con sus brazos y sudor para mantener tu opulencia. ¡Ó sombras de los pobres que*

murieron en tanta desdicha y amargura! salid cubiertas de horror delante de este rico cruel y soberbio. Alzad vuestras manos laboriosas, vengadoras de la humanidad ultrajada, y acusadle á vista del cielo y de los vivientes de su dureza y crueldad.

Otro elocuente escritor, en alabanza de la virtud, invoca á los muertos de esta manera: ¡Manes ilustres de los Fabricios y Camilos! imploro vuestro egemplo. Decidme: ¿con qué arte dichoso hicistes á Roma señora del mundo, y tantos siglos floreciente? ¡Glorioso Cincinato! vuela otra vez triunfante á tus rústicos hogares: seas el espejo de tu patria, y el terror de sus enemigos: guarda para ti la virtud, y deja el oro á los Samnitas.

Oigamos, por un término el mas sentido mas patético, y mas sublime que puede conocer la elocuencia, á Fr. Luis de Granada, quien, para encarecer la dolorosa consideracion en la muerte del Divino Redentor pendiente aun en la cruz y en la pasion de su santísima Madre al pie de ella, hace esta invocacion á los ángeles y á los cielos á la vista de aquel espectáculo: ¡Mirad ángeles estas dos figuras, si por ventura las conoceis! ¡Mirad cielos esta crueldad, y cubrios de luto por la muerte de vuestro Señor! ¡Escureced el aire claro porque el mundo no vea las carnes desnudas de vuestro criador! ¡Echad con vuestras tinieblas un manto sobre su cuerpo, porque no vean los ojos profanos el arca del testamento desnuda! Ó cielos, que tan cerenos fuisteis criados! ¡Ó tierra de tanta variedad y hermosura vestida! Si vosotros escurecisteis vuestra gloria con esta pena; si vosotros que erais insensibles,

la sentisteis á vuestro modo; ¿qué harian las entrañas y pechos virginales de la madre? ¡Ó ángeles de la paz! llorad con esta sagrada virgen! ¡llorad cielos, y llorad estrellas, y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de Maria!

Para variar los asuntos, y dar á esta figura otro aspecto ménos serio, volviendola á un término de colores mas blandos y poéticos, lease el razonamiento que Cervantes finge en boca de D. Quijote cuando se entró en un sitio solitario de Sierra Morena, donde queria quedarse á hacer penitencia por merecer la gracia de su dama: ¡O vosotros, quien quiera que seais, rústicos dioses, que en este inhabitable lugar teneis vuestra morada! Oid las quejas de este desdichado amante, á quien una larga ausencia y unos imaginados celos han traído á lamentarse entre estas asperezas. ¡O vosotros, Napeas y Driadas, que teneis por costumbre de habitar en las asperezas de los montes! asi los ligeros y lascivos Sátiros, de quien sois, aunque en vano, amadas, no perturbéis jamas vuestro dulce sosiego, que me ayudeis á lamentar mi desventura. ¡O solitarios árboles, que desde hoy en adelante habeis de hacer compañía á mi soledad! dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas que no os desagrada mi presencia!

Los términos y valor de esta figura se entienden á otras muchas, si podemos darles este nombre; pues todo lo deben á los afectos naturales, y muy poco á las reglas de la retórica, como son la obtacion, la deprecacion, el hacimiento de gracias, y la salutacion. La primera pide una expresion viva y sentida, que indique el movimiento del deseo del alma. Pero ¿dónde buscaremos

egemplos mas eficaces que en la sagrada escritura? Leémos en el Salmo LXXXIII. lo que dice David: *¡ Dios de los egércitos ! cuán admirables son vuestros tabernáculos ! ¿ Veis ? mi alma desfallece ¿ cuándo verá cumplido su deseo por la casa del Señor ?* — Un tono mas severo, mas inquieto, y lleno de indignacion se representa en este deseo por Jeremias (cap. 99.) cuando dice: *¿ Quién me hará hallar una choza de caminante en este desierto, para abandonar este pueblo y retirarme de en medio de ellos ? Todos son adúlteros, violadores de la ley etc.* — Un tono mas suave acompaña á este otro deseo del mismo profeta (cap. *ibid.*) dictado por un movimiento de compasion: *¿ Quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos una fuente de lágrimas para llorar día y noche los hijos de las hijas de mi pueblo ? ¿ Ó si tuviesen un poco de sabiduria y de luz !* — Sublime deseo, y sublime espresion del deseo, realizada con exclamacion, es lo que pone en boca de la penitente D.<sup>a</sup> Sancha Carrillo en la hora de su muerte el P. Roa escribiendo su vida: *¡ Señor ! ¿ cuánto me aflijo en pensar que este cuerpo de tierra que traigo á cuestras, ha de estar en el sepulcro ocioso y blandio ! que ni pasará trabajos, ni se desvelará de noche, ni esta lengua publicará vuestras misericordias ! ¿ Ó si pluguiese á vuestra divina bondad que, despues de muerta, pudiese salir por las plazas á predicar á los hombres su descuido y su engaño !*

Á la obtacion se reduce tambien la *salutacion*, por la cual declaramos el buen querer, y el afecto amigo que tenemos para alguna persona, como lo verifican estas formas de decir: *¡ Viva mil años Filipo, amoroso padre de los pobres !* —

*¡ Salve dichosa madre de la discrecion, Toledo insigne !* — *¡ Salve Belén soberana: salve mil veces dichosa casa en que quiso nacer Dios hombre !*

Tambien pertenece al deseo puro y noble el hacimiento de gracias con la figura y aire de apóstrofe, como cuando David dice en el Salmo CXV.: *¡ Ó Señor ! yo soy tu siervo, yo tu siervo, y hijo de tu sierva ! Hiciste, Señor, que escapase de las manos de mis enemigos: yo te ofreceré por tantos sacrificios de alabanzas, y celebraré tu santo nombre.* — Sin forma de invocacion, y por un modo llano y suavísimo, refiere S. Juan en su Apocalipsi lo que oyó de aquellos ángeles que cantaban: *Bendicion, y claridad, y sabiduria, y hacimiento de gracias, honra, virtud y fortaleza sea á nuestro Dios por los siglos de los siglos.*

Y siendo la deprecacion tambien un deseo vivo de nuestro bien, ya cuando pedimos socorro en nuestras necesidades, ya cuando esperamos de la clemencia soberana el perdon de nuestros yerros, pertenece á este lugar algun egemplo sacado del estilo místico, por ser el mas suave y tierno en este género afectuoso. Exhortaba el P. Ortiz á una señora de alta gerarquía, que, ya que su estado y las leyes del mundo no le permitian despojarse del todo, como ella quisiera de las galas y atavíos de su persona, las llevase como forzada á imitacion de la Reina Ester, y con desden como alma generosa, y con aborrecimiento como amadora de Dios, y que acostumbrando á su alma á levantarse de lo terrenal, alzase los ojos al cielo al tiempo de entrar en su tocador, diciendo: *¡ Ó mi Señor ! Si para poder parecer sin vergüenza de los hombres mortales y muy mucho pecadores, es menester esta ropa, y este*



atavío, y estas joyas; ¡qué habrá menester mi ánima para agrandar á vos que sois Rey de los Reyes, y Señor de los Señores! ¡Ó mi Dios! que por vestir vos mi desnudez quisisteis ser despojado, y para adornarme para el tálamo celestial quisisteis ser tan despreciado y llagado en el tálamo de la cruz! sacad del precio de vuestra sangre los tesoros de merecimientos que son menester para que yo no parezca desnuda en aquel día grande del Juicio, donde tengo que salir á vista de todas las criaturas.

Repito otro egemplo de deprecacion del mismo autor, pues lo fué en su tiempo de virtud y elocuencia; y perdonenme los poco aficionados á los escritos piadosos si no me despido del P. Ortiz, porque es escritor del tiempo en que en Europa nadie sabia escribir bien en vulgar, y casi no es conocido ya dentro de España, y no puedo presentar otro de mas sentida y animada espresion en este género de estilo. Habla en boca de un pecador arrepentido de esta manera: ¡Ó Señor mio! que no desechaste el ladrón que te invocó, mas dijiste con dulzura de amor; hoy serás conmigo en el paraíso! perdona los hurtos que yo te he hecho de este mi corazón, que tan tuyo es de justicia, dándole contra tu querer á las vanidades, y recibeme á misericordia en la hora postrera, donde, si tú me dejas; quién me valdrá de mis enemigos? No te pido muerte dulce ni saborosa, pues tú la tomaste por mi tan amarga: no pido, ni escojo, manera ó tiempo de muerte: solo te pido que me des tal socorro de gracia y fortaleza, que ninguna congoja, ni agonía, ni tentacion baste para apartarme de tí; sino que siempre tenga yo sed de tu justicia y amor.

hasta espirar, inclinando á tí mi cabeza con perfecta obediencia.

Concesion.

Con esta figura concedemos á los contrarios, á las objeciones presupuestas en los oyentes, ó á la comun opinion, aquellas conclusiones, razones, ó respuestas que nunca puedan destruir nuestra causa, y solo si contradecirla, para que de esta lucha salga siempre triunfante. Por egemplo: concederémos al ambicioso que es loable el deseo de gloria, mas no de una gloria vana y funesta á los hombres: al celoso ciudadano, que el amor á la patria es noble virtud, mas no cuando se funda en odio de las demas naciones: al otro que las riquezas son útiles, mas no cuando son mal empleadas.

Un ingenioso orador, hablando de los bienes y males del oro, quiere conceder á sus contrarios los primeros, y probar que pesan mas los segundos: *El oro, decís vosotros, alienta los ingenios, lo concedo: mas ¿cuántos corazones corrompe ántes? Convento en que fomenta las artes: y si estas escitan el lujo ¿no es este un contagio que infecciona á todo un reino? Tampoco negaré que el oro ha hecho conocer naciones remotas, haciéndolas comunicables: mas cuánta sangre de sus inocentes naturales no se ha derramado para descubrir las, y quererlas civilizar? y cuántas nuevas guerras no han nacido en la Europa para conservarlas esclavas ó aliadas?*

De diferentes modos se puede disponer la oracion, y construir las frases sin faltar á la sustancia de esta figura; como en este egemplo: *Tema con espanto la muerte el que nunca se ha acor-*

*dado de su origen, ni su fin; mas no el que ha vivido la vida del justo. Estremézcase con la sombra de la muerte aquel que nunca sintió un remordimiento; mas no el que siempre anduvo por la senda de la virtud y de la penitencia. Confúndase á la vista de la muerte el que fundó todos sus deseos y felicidad en los deleites de este destierro; no aquel que, esperando descansar en la eterna bienaventuranza, sabe que el fin de esta vida es principio de otra mejor.*

Considerando la común propension de los príncipes á seguir todo lo contrario del antecesor, sea por capricho, sea por emulacion, dice Lorenzo Gracian, en su político Fernando: *Si esta natural oposicion se declarára contra los desaciertos, fuera loable; pero, que se atreva á las hazañas, mayor monstruosidad. Que abomine Vespaciano, y borre las huellas de Vitelio, y de otros monstruos sus predecesores es restaurar el Imperio, es desagraviar la virtud; pero que Adriano condene los esclarecidos hechos de Trajano, el mejor emperador que adornó Roma, hasta estrechar los términos del Imperio por estrecharle los de la fama, y que derribe la celebrada puente del Danubio por derribar su memoria, no es emulacion, sino atrocidad.*

#### *Esclamacion.*

Es *figura* patética y vehemente, con la cual rompemos de repente el discurso, levantando la voz para desahogar el ánimo oprimido de sentimientos de dolor, amor, compasion, alegría, indignacion, admiracion, etc. y espresamos lo grande, lo nuevo, ó maravilloso de una cosa con

el acento y la señal de la interjeccion: demostracion natural de un espíritu agitado, y alguna vez trasportado.

No basta una sencilla y fugaz esclamacion para llamar y atraer el ánimo del oyente á que venga á sentir con nosotros aquello mismo que sentimos: porque aquel inarticulado sonido desaparece como veloz exhalacion, ó se la lleva el aire, como se dice del suspiro. Para que alcance su cumplido efecto la esclamacion, deben acompañarla y sostenerla, ya la *repeticion*, ya la *interrogacion*, que le da cuerpo y movimiento de figura retórica: porque, por sí sola, no es mas que una aspiracion insignificante é indeterminada, y muchas veces involuntaria, que no entra en la jurisdiccion de la elocuencia.

Y por la misma causa que nos es tan fácil y natural esta espresion de nuestras conmociones interiores, deben, tanto el que realmente las padece, como el que las afecta, usar de ella con cierta economia y con oportunidad, y siempre en asuntos, casos, y situaciones importantes que la pidan. De esta figura, que es muy socorrida para cubrir con su tono vehemente lo frio, lo comun, ó lo lánguido de un discurso abusan todos los escritores noveles y los jóvenes declamadores que, destituidos de la copia y severidad oratoria, siembran la composicion de esclamaciones é interrogaciones. Estas no son entonces mas que vanas palabras, y no espresiones de la pasion, las cuales, no naciendo del pecho del que habla, menos se podrán infundir en el del oyente.

Por medio de esta figura, tan breve en sus accidentes; pues no llega á ser voz articulada, y tan llena en su espíritu se pueden llamar, si no